

BORDIEU, Pierre

La domination masculine

París: Seuil, 1998, 134 p. 85 F

Una caudalosa producción y una rápida superación de etapas, hace pertinente preguntarse por: ¿cuál es la *agenda* de los estudios de género, hoy?

En mi opinión, y esquematizando, son los siguientes temas intelectuales y político-sociales (o viceversa): la democracia en la vida privada (con el candente problema de la violencia doméstica), la democracia en la vida pública («Mujeres y poder»: político, económico, académico, etc.), el tema problema de la construcción social de nuevas identidades de género y sus nuevas formas sociales del estar y del vivir relacionándose (v.gr. el uso del espacio).

Todo ello, normalmente se está haciendo desde el flanco del género femenino, o desde ese énfasis, si bien algunos excelentes estudios hacen aflorar el problema en su totalidad (como total es el planteamiento de la obra que reseñamos). Existen unos relativamente escasos «Men's Studies», frente a los superabundantes «Women's Studies», cuyos rasgos son: su pluralidad, interdisciplinariedad, internacionalismo (al tiempo que su colonización por parte de la literatura anglosajona), refinamiento intelectual, construcción de nuevos objetos de estudio, crítica y revisión de las disciplinas académicas y, por último, su dinamismo¹.

Estos rasgos deben ser tomados literalmente y no como la retahíla de tópicos biensonantes que se suelen adjudicar a las nuevas disciplinas.

Los estudios de género han logrado legitimarse académicamente en menos de una década². De ser un tema menor, que tomaba por objeto de estudio aspectos de la vida social invisibles para la mirada androcéntrica y «leviatanesca» del *Homo academicus*, que, sin embargo, eran problemas relevantes tanto de la vida social como en el plano del conocimiento, dichos estudios han pasado a constituir la línea más pujante, y en muchos casos brillante, de las publicaciones en ciencias sociales. No hay que obviar, al respecto, la fuerza que otorgan a los estudios de género, tanto en el pasado como en el presente, el contar con un movimiento social (el feminismo en sus distintas vertientes) que ha logrado imponer la lucha por la igualdad entre géneros como una *sensibilidad social generalizada* al menos en el área de los países occidentales.

Pues bien, los grandes «clásicos» actuales de las ciencias sociales (y/o autores de renombre) se han sumado a esta sensibilidad. La importancia del tema «género» es subrayada en los libros de Giddens, Ritzer, Lipowsky..., y Bourdieu³.

1. Su dinamismo hace que no sea un tópico solicitar que una bibliografía, por ejemplo en un ensayo académico, sea *nueva*, reciente diríamos, pues es tal la producción, el cambio social que subyace, y el propio cambio de las autoras, «mujeres de transición» (a veces algunas indican en sus obras cómo cambia su pensamiento y su biografía) sujetos y objetos a un tiempo de estudio que muchas obras quedan reducidas a puras piezas arqueológicas en breve.
2. Por ejemplo, es elogiable la apertura de un programa de doctorado de Género, que se imparte con éxito ya durante tres cursos, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Si bien su legitimación en la universidad española aún debe recorrer el amplio trecho que separa a estos estudios de su estatus en las universidades anglosajonas.
3. Éxito en Francia del libro (y también fragor de voces críticas). Pero cabría preguntarse: ¿Quién vende, Bourdieu o «las mujeres»? En este caso, ambos factores convergen en el éxito, pero no olvidemos el «tirón», muchas veces oportunista, de los libros sobre «las mujeres», que, por otro lado, refleja o es síntoma del fenómeno fin de siglo más espectacular en el mundo occidental: el cambio social por género.

Este pequeño libro, *La domination masculine*, se compone de tres partes: la primera, analiza la construcción social de la masculinidad y la feminidad, aportando, a este respecto, sus observaciones de campo en la sociedad Kabyla; la segunda, se centra en el juego de espejo, imágenes recíprocas de la visión masculina y de la visión femenina, asimismo de la visión social impuesta de la masculinidad como «nobleza»; la tercera parte se centra en lo que permanece y en lo que cambia en torno a este fenómeno social. El libro termina con un postscriptum sobre la dominación y el amor y un anexo que trata de «Algunas cuestiones sobre el movimiento Gay et Lesbien».

La obra no es original en el tiempo, puesto que recoge (como en otras ocasiones) trabajos publicados en 1990, en la Revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (núm. 84 y s.). Revista del Centre de Sociologie Européenne que el autor suele utilizar como primera presentación de sus trabajos (y/o primeros borradores), así como de los trabajos de un brillante equipo de investigadores como Jean Claude Combessie, Monique de Saint Martin, Francine Muel Dreyfus, Remi Lenoir, A. Sayad, entre otros, que colaboran con el autor.

En mi opinión, el eje que vertebra estos escritos es el análisis de lo masculino, como generador de violencia simbólica. La dominación masculina puede definirse como el arquetipo de la violencia simbólica, ella es todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas, disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, en definitiva, añade la fuerza simbólica a las relaciones de fuerza. La violencia simbólica se logra a través de una errónea apreciación de la realidad. En este caso,

hombres y mujeres reconocen la dominación masculina como el orden social de la vida. En las sociedades antiguas, *los juegos de honor y guerra*, la fuerza física, forjaban la escala social de valor impuesta por los hombres. En las sociedades modernas, se puede encontrar una situación paralela, en la que ambas a un tiempo, la discriminación social y sexual, perpetúan el reconocimiento social de la superioridad de los hombres del grupo dominante en los «juegos» de la política, la ciencia, el arte, etc. El estatus de inferioridad casi universalmente adjudicado a la situación de las mujeres está basado en la asimetría de los estatus asignados a los dos sexos en la economía de los intercambios simbólicos. La liberación de las mujeres puede venir sólo a través de una revolución simbólica que ponga en cuestión la real fundamentación de la producción y reproducción del capital simbólico y, en particular, la dialéctica de «distinción» que es el principio que guía la producción y consumo de los bienes culturales tratados como signos de distinción.

Todo lo anterior es un extracto de la sociología bourdiana al respecto. En propias palabras del autor: «El sexismo es un esencialismo, como el racismo, de etnia o de clase. El sexismo imputa las diferencias históricamente instituidas a una naturaleza biológica que funciona como una esencia de donde se deducen implacablemente todos los actos de la existencia. Y entre todas las formas del esencialismo, el sexismo es sin duda la más difícil de desarraigar [...] La grandeza y miseria del hombre en el sentido de *vir* es que su *libido* está socialmente constituida como *libido dominante*, deseo de dominar a los otros hombres y, secundariamente, a título de instrumento de lucha simbólica, a las mujeres»⁴.

4. P. BOURDIEU, «La domination masculine», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 84, septiembre de 1990. Virilidad y clases sociales, feminidad y clases sociales es un objeto de investigación absolutamente relevante, a nuestro juicio. El autor citado tiene importantes observaciones sobre ello. Véase P. BOURDIEU, «Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo», en VV.AA.: *Materiales de sociología crítica*, ed. La Piqueta, Madrid, 1986.

Todo ello explica cómo en círculos de alta cualificación profesional, donde los currículos masculinos y femeninos están igualados, no obstante, los hombres sigan obteniendo las mayores y mejores ventajas profesionales, los mejores puestos de dichos círculos y las mujeres sean en ellos *élites discriminadas*⁵. Por ejemplo, ante unas pruebas profesionales (oposición) un hombre llevará sus conocimientos + el excedente de valoración masculina que lo dota de autoridad, y una mujer, por contra, llevará un déficit de valoración + una ilegitimidad en esa práctica. El excedente de valoración masculina que ha acumulado el candidato hipotético (por el mero hecho de ser un hombre) y, sin embargo, le falta a la candidata, funciona en varias vertientes: *a)* la diferencial socialización masculina ya le ha ido proporcionando desde la infancia esa valoración superior y subsecuente autoridad; *b)* cualquier tribunal profesional está compuesto casi en su totalidad por hombres, produciéndose así una afinidad de pautas culturales entre examinado y examinadores, y *c)* el hecho de ser varón el candidato le dota *per se* de autoridad, lo acrisola en su rol, mientras que la situación novedosa que constituye una mujer en situación de examen profesional, en el mejor de los casos, produce curiosidad, sorpresa, duda, que incluso a veces puede jugar a su favor por el valor que se le puede acordar a lo exótico, pero, sin embargo no produce una situación *neutra* o el automatismo de autoridad que crea por sí misma la violencia simbólica que acompaña a la masculinidad.

¿Cómo y por qué persiste el patriarcado en Occidente actualmente? Esta es una pregunta clave. A ella tratan de responder muchas obras. Destacamos la respuesta de A.G. Jónásdóttir, en convergencia con Bourdieu:

Los hombres constituyen la especie con valor efectivo. [...] Las estrategias feministas para el cambio deben construirse sobre el análisis de los intereses de las mujeres, en vez de sobre la complementariedad de géneros, que tiende a infravalorar las relaciones de poder implicadas⁶.

En un estilo muy diferente, sin embargo, la autora está haciendo el mismo diagnóstico que Bourdieu: las mujeres entran en la dialéctica de la *distinción* más como objetos que como sujetos⁷. Anna Jónásdóttir, sin mencionar el término *violencia simbólica*, habla también de cómo «el excedente de valoración invertido en los hombres los dota de *autoridad* masculina [...] y esta autoridad tiene la apariencia de no ser masculina, sino humana en general y generada exclusivamente de los méritos logrados de forma individual»⁸.

Quien quiera saber más, lea a Bourdieu (traducido próximamente al castellano por la editorial Anagrama) y a la legión de autores y autoras que están dedicando un esfuerzo tal a desvelar «la dominación masculina» que en escasas décadas han constituido una *especialidad* nueva en las Ciencias Sociales. *Bourdieu no está solo*.

María Antonia García de León
Universidad Complutense de Madrid

5. Aludo aquí al *fenómeno* de sobreeslección social y su *efecto*. *Élites discriminadas (Sobre el poder de las mujeres)*, analizado en mi obra bajo ese título. Ed. Anthropos, Barcelona, 1994.
6. A.G. JÓNÁSDÓTTIR: *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?* Ed. Cátedra, Madrid, 1993, p. 316, 317 y s.
7. *Ibidem*, p. 31.
8. *Ibidem*, p. 119.